

SAN GREGORIO NACIANZENO, OBISPO Y DOCTOR DE LA IGLESIA

Día 2 de enero

P. Juan Croisset, S.J.

San Gregorio, por sobrenombre el *Teólogo*, una de las más brillantes lumbreras de la Iglesia griega, fue hijo de un padre y de una madre santos, hermano de Santa Gorgonia y de San Cesáreo, y nació en Arianzo, pueblo pequeño en el territorio de Nacianzo, en la provincia de Capadocia. Su padre, que también se llamaba Gregorio, había sido gentil; pero la virtud, las lágrimas y las exhortaciones de su mujer Santa Nona le convirtieron á la fe de Cristo tan de veras, que, habiendo sido bautizado por San Leoncio, obispo de Cesárea, mereció con el tiempo ser elevado á la dignidad episcopal y, después de su muerte, ser contado en el número de los santos.

El niño Gregorio fue fruto de las oraciones de Santa Nona, que pidió á Dios un hijo con instancia, únicamente para consagrarle á los altares; y así, le recibió como un presente que le hacía el Cielo para ser mera depositaria de él. Fue correspondiente á esta idea la educación que le dio. Parecía haber nacido Gregorio solamente para la virtud; y el tierno amor que casi desde la cuna profesó á la Santísima Virgen podía parecer presagio del que por toda su vida conservó la virginidad y la pureza.

El mismo refiere que, siendo niño, se le representaron en sueños dos hermosísimas y modestísimas doncellas, y le dijeron que se llamaban la

Castidad y la Templanza, añadiendo que continuamente asistían al Trono de Jesucristo, siendo las dos el principal ornamento de todos los que componían su Corte; y, diciendo esto, desaparecieron. Despertó Gregorio, y desde entonces quedó tan enamorado de la castidad, que jamás admitió cosa que pudiese manchar ni aun levemente esta preciosa virtud.

Advirtiéndole sus padres la vivacidad de su ingenio, le enviaron á estudiar, primero á Cesárea de Capadocia, y después á Palestina. Era entonces muy célebre la Universidad de Atenas, donde florecían todas las artes y ciencias. Pasó á ella nuestro Gregorio, padeciendo en la navegación una furiosa tempestad que le hizo mirar ya con grande tedio aquella gloria poco sólida á que podía aspirar y que podía prometerse de su rara elocuencia y de su singular sabiduría. Concurrió al mismo tiempo en aquella famosa escuela San Basilio, y desde entonces contrajeron los dos Santos una estrecha amistad que conservaron toda la vida. Hallábase á la sazón estudiando en la misma Universidad Juliano Apóstata (más tarde Emperador Romano y perseguidor de la Iglesia), primo del Emperador Constancio, y, movido de lo mucho que oía hablar de los Santos, tuvo con ellos algunas conversaciones. Solicitó la amistad de entrambos, pero no pudo engañar su religión ni su penetración, por más que procuró disimular las perniciosas máximas en que ya estaba imbuido. Descubrió San Gregorio el desorden de aquel corazón y de aquel entendimiento por la descompostura de sus acciones, y, al despedirse de él cierto día, exclamó: *¡Qué monstruo abriga en su seno el imperio romano!*

Habiéndose retirado de Atenas San Basilio, no pudo Gregorio detenerse en ella largo tiempo; y así, al cabo de un año se retiró también. Llegado á Nacianzo, recibió el bautismo de mano de su padre, que ya era obispo de

aquella ciudad. Sintióse alumbrado con el sacramento de nueva luz, á cuyo favor distinguió la falsa brillantez del mundo de la verdadera y sólida gloria que sólo comunica la virtud, y resolvió dirigir todos sus fines hacia el Cielo.

Al disgusto del mundo se siguió el deseo de la soledad, y se escapó á la del Ponto, volviéndose á juntar con su amigo Basilio en el mismo desierto que éste había escogido para sí y fue después común para los dos. Ningún anacoreta los excedió en la velocidad con que corrían por el camino de la perfección; su fervor no reconocía límites; la penitencia de entrambos llegó á tocar la raya de excesiva.

Engañado el santo viejo obispo de Nacianzo por la artificiosa sagacidad de los arrianos, firmó, como lo hicieron los otros preladados, el capcioso formulario del conciliábulo de Rímini, que en términos equívocos contenía los puros dogmas del arrianismo. Noticiosos de esto los monjes de Nacianzo, no quisieron comunicar con su obispo, y todos los católicos siguieron el ejemplo de los monjes. En medio del grande amor que nuestro Gregorio tenía á la soledad, apenas llegó á su noticia esta división cuando voló á remediarla. Descubrió luego al buen viejo el lazo que le habían armado los herejes, y, volviendo á unir al pastor con las ovejas, tuvo el consuelo de verle abjurar un error en que había caído puramente por engaño.

Aprovechóse su padre de la estancia que en esta ocasión hizo Gregorio en Nacianzo; y considerando el gran bien que se seguiría á la Iglesia si un sujeto de aquel mérito y de aquella virtud fuese elevado á la dignidad del sacerdocio, resolvió conferirle las sagradas órdenes. Ordenóse de presbítero el día 6 de Enero del año 362; y creciendo el fervor con el nuevo carácter, tirándole siempre el amor á la soledad, volvió á huir

secretamente al Ponto y fue en derechura á buscar á su amado Basilio. Pero duró poco esta segunda retirada, porque la extremada ancianidad de su padre, que pasaba ya de noventa años; las necesidades de la iglesia de Nacianzo, que clamaba por él, y los consejos de su santo amigo Basilio, le obligaron á restituirse á la ciudad después de dos meses y medio de ausencia. Dióse á conocer á los fieles el día de Pascua por el primer sermón que predicó en él. Apenas han alcanzado los siglos predicador más poderoso en obras y en palabras que nuestro Santo. Predicó con tanta energía, con tanta emoción y con tanto fruto, que desde entonces fue reconocido y apellidado el *Apóstol de Nacianzo*.

Ni se limitó su celo á la predicación. Perseguía ya entonces furiosamente Emperador Juliano Apóstata á la Iglesia y había prohibido á los cristianos que enseñasen letras humanas. Pero Gregorio supo hacer ilusorio este artificio, componiendo un gran número de poesías piadosas, que compensaron con gran ventaja á los cristianos de las escuelas que les habían prohibido.

Por este tiempo, hallándose ya San Basilio arzobispo de Cesárea, y conociendo mejor que otro alguno el extraordinario mérito de nuestro Santo, resolvió elevarle á la dignidad episcopal, á pesar de su invencible repugnancia. Fue consagrado en Cesárea por el mismo San Basilio el año de 372, destinándole para la Iglesia de Sasimo; pero nunca tomó posesión de ella; y como el obispo de Nacianzo no pudiese ya atender á las funciones de su ministerio por su grande ancianidad, pidió á Gregorio para que cuidase su Iglesia.

Habiendo muerto su padre y su madre Santa Nona, cuya oración fúnebre predicó el mismo Gregorio en presencia de San Basilio y de todo el clero, se le volvieron á renovar las ansias por su amada soledad, y se

retiró á Seleucia en Isaura, donde se encerró en el monasterio de Santa Tecla, viviendo seis años en él desconocido, ocupándose únicamente en ejercicios de oración y de penitencia.

Murió San Basilio el año de 379, y esta muerte le confirmó en la resolución que había tomado de no salir jamás de su retiro; pero pocos meses después le arrancó de él la necesidad de socorrer á la Iglesia de Constantinopla, tan desolada por los arríanos, que ya no tenían los católicos iglesia alguna en aquella corte imperial. Hallábase vacante aquella primera Silla, y todos convenían en que solamente Gregorio era digno de ocuparla.

Apenas entró San Gregorio en Constantinopla, cuando todos los herejes se sobresaltaron. Armáronse contra él los arríanos, los novacianos, los macedonios, los apolinaristas y los eunomianos, conspirando todos en perderle. Valiéronse al principio de injurias, calumnias, sátiras denigrativas y malignas, con que procuraron manchar su reputación. Amotinaron al pueblo, especialmente á las mujeres y á las doncellas, contra aquel hombre extranjero, persuadiéndolas que era un monstruo disimulado, estragador de las costumbres, mago y aun idólatra; citáronle delante de los tribunales seculares, y no pocas veces en las mismas calles le perseguían á pedradas. Nuestro Santo, á todo esto, no oponía más que la paciencia, la modestia y la dulzura. Como los arríanos estaban en posesión de todas las iglesias de Constantinopla, Gregorio juntaba los católicos en la casa donde se hospedaba, la cual se llamó después *Anastasia*, que quiere decir *resurrección de la fe*, y fue con el tiempo una de las más célebres iglesias de aquella corte imperial.

Mientras tanto, iba creciendo cada día el número de

los católicos, porque en las disputas, conversaciones y conferencias con los arrianos, cada día conseguía nuevas conquistas. A vista de tantas maravillas, resolvió el patriarca de Alejandría, con los demás obispos, colocar en la Silla de Constantinopla á nuestro Santo; hízose, á pesar de su repugnancia, con general aplauso del clero y de todo el pueblo; pero la turbó presto la artificiosa ambición del más insigne embustero que acaso ha visto el mundo.

Cierto hombre llamado Máximo, por sobrenombre el *Cínico*, habilísimo en el arte de fingir y de engañar, vino á hacerse discípulo de nuestro Santo, y en poco tiempo supo ganar su estimación y confianza con sus artificios y con su profunda simulación. Este mal hombre forjó el proyecto de suplantar á Gregorio. Logró corromper hasta el mismo patriarca de Alejandría, el cual, con una gavilla de obispos de Egipto ya conjurados, esperó la coyuntura de cierta enfermedad de Gregorio para ordenar furtivamente á Máximo. Amotinóse toda la ciudad al ruido de este atentado, y Gregorio, penetrado de vivo dolor, pero previendo lo que podía suceder, resolvió á los principios retirarse, por no ser ocasión de nuevas turbaciones á una Iglesia que con tanta felicidad había restituido á su antiguo esplendor y quietud. Subió al pulpito, en medio de su indisposición, para despedirse de su pueblo; pero éste levantó hasta el Cielo un clamoroso alarido, y, pidiéndole con ruegos y con lágrimas que no le desamparase, tuvo no poco trabajo en reducirle, y para que no huyese le puso guardas de vista.

Arrojado de Constantinopla, como merecía, el embustero cínico, y cargado con la maldición de todos, tuvo, no obstante, el descaro de irse á echar á los pies del emperador Teodosio, acompañándole aquel puñado de obispos egipcios que le habían ordenado. Hallábase el Emperador en Tesalónica; pidióle Máximo su

protección contra Gregorio; pero el religioso príncipe no se dignó ni aun de escucharle, y, vuelto á Constantinopla, no reconoció á otro legítimo pastor que á nuestro Santo.

No se dio por vencido el partido de Máximo; y, como no cesase de inquietar y de perturbar á la Iglesia, consintió el Emperador en que se convocase en Constantinopla un Concilio, que fue el segundo general, compuesto de ciento cincuenta obispos. Confirmóse en él la fe del Concilio Niceno; Máximo fue declarado por intruso, y el Concilio y el Emperador reconocieron solemnemente á Gregorio por obispo de Constantinopla. En virtud de esto, fue segunda vez colocado en su Silla, con la mayor aclamación del pueblo, por San Melecio de Antioquía, presidente del Concilio.

Muerto poco tiempo después San Melecio, quedó Gregorio por presidente del Concilio. Entró, pues, en el Concilio, y declaró el ansia con que deseaba contribuir á la paz, y que, pues su elección parece que la turbaba, estaba pronto, como otro Jonás, á que le arrojasen en la mar para sosegar la tempestad, aunque no la había excitado. Quedaron atónitos los Padres al oír una proposición tan no esperada; pero el Santo habló en favor de su dimisión con tanta elocuencia, y supo persuadirla tan eficazmente, que al fin consiguió lo que pretendía. Gozosísimo de verse exonerado de tan pesada carga, salió de la sesión, y, antes de dar tiempo á que los obispos se arrepintiesen, se fue derecho al Palacio del Emperador y, exponiéndole su avanzada edad y sus achaques, le suplicó con el más vivo rendimiento que se dignase no oponerse á su retiro. Tuvo mucho que vencerse el Emperador para dar su consentimiento; pero al fin le dio, únicamente en atención á sus achaques. No perdió tiempo Gregorio; despidióse del Concilio por un admirable discurso que pronunció en la catedral á presencia de los Padres; los cuales, arrepentidos ya de su

consentimiento, pensaban retractarle; pero el Santo aceleró su marcha, y sin detenerse salió de Constantinopla y se retiró á Capadocia.

Estando en Nacianzo publicó su testamento, que había dispuesto en Constantinopla antes de hacer la dimisión; era su data del día último de Diciembre del año de 381, y estaba firmado por siete obispos, siendo éste el instrumento más antiguo, ó á lo menos el más autentico, de esta especie que nos dejó la antigüedad. El principal legado es en favor de los pobres de Nacianzo, á quienes deja por sus herederos, y nombra á uno de sus diáconos por su testamentario. Suplica á sus sobrinos y á los demás parientes suyos no tengan á mal que deje sus bienes á los pobres; *porque un eclesiástico, dice, no debe tener otros herederos.*

Ni en su fervor ni en su celo se reconoció jamás la fuerza de los achaques. En la corta mansión que hizo en Nacianzo purgó la ciudad de los errores de los apolinaristas, y, habiéndosele aumentado los achaques, se trasladó á Arianzo, lugar de su nacimiento. En esta dulce soledad, retirado del ruido de los negocios y libre de las tempestades que por toda la vida le habían agitado, atendía únicamente á perfeccionarse más y más, entregado totalmente á ejercicios de devoción y de rigurosa penitencia. Y, aunque agobiado con la vejez, extenuado con los ayunos y consumido con los trabajos, permitió Dios, para su mayor purificación, que al fin de su vida fuese ejercitado con violentas tentaciones, las cuales, al mismo tiempo que le humillaban y le hacían gemir continuamente, le obligaban á doblar la oración y las penitencias.

No estuvo ocioso en su retiro de Arianzo. En él compuso aquel gran número de poesías cristianas que publicó para oponerlas á las obras cultas, elocuentes y

engañosas de que llenaban al mundo los herejes, logrando por este medio que los fieles desechasen los libros perniciosos. También escribió entonces, en verso, la historia de su vida, concluyéndola con un compendio de los principales sucesos de ella; y quiere que este epílogo le sirva de epitafio.

«¿De dónde nace, Señor (exclama el Santo), que al paso que el vigor del cuerpo se va extinguiendo, siento que se va avivando el fuego de las pasiones y los estímulos de la carne? Mi vida se ha reducido á una continua serie de tempestades, de contradicciones y de combates; pero en todos me sostuvisteis Vos por vuestra gran misericordia. Logré por padre á un hombre todo de Dios, y tuve por madre á una mujer santa, que, mirándome como fruto de sus oraciones, me ofreció y me consagró á Vos desde la cuna. Siendo niño, me inspirasteis en un sueño el amor á la castidad, y desde entonces no cesasteis de colmarme de favores. Híceos sacrificio de mis bienes, de mi honra, de mi salud y de mi vida. Fui pastor sin ovejas, y no tuve poco que padecer aun de los mismos pastores. Esta ha sido la vida de Gregorio. Dejo á Jesucristo el cuidado de lo futuro, como le ha tenido de lo pasado.» Y concluye así: «*Exprimat ista lapis. Grábese esto por epitafio sobre la piedra de mi sepultura* ».

Comenzaba Gregorio á gustar las delicias de la soledad, cuando quiso el Señor coronar su perseverancia y premiar sus trabajos. Acabó dichosamente sus días, siendo de edad de casi ochenta años, que vivió en inocencia, en sufrimiento, en piedad, en ejercicios de rigurosa penitencia. Los milagros que hizo en vida, y los que continuo el Señor en su sepultura después de muerto, hicieron célebre su culto en todo el Oriente. Fue enterrado al principio en Nacianzo; después fue trasladado su cuerpo á Constantinopla, en tiempo del

emperador Porfirógénetes, y colocado con gran solemnidad en la iglesia de los Doce Apóstoles. En la decadencia del imperio griego fue conducido á Roma el santo cuerpo, donde estuvo en la iglesia de las religiosas griegas hasta el año de 1580, en que el papa Gregorio XIII trasladó por sí mismo sus reliquias, con gran pompa y solemnidad, á la magnífica capilla que en honra del Santo había hecho edificar á sus expensas en la basílica Vaticana.

La Misa es en honra de San Gregorio, y la oración la que signe:

i Oh Dios, que concediste á tu pueblo por ministro de su eterna salvación al bienaventurado Gregorio! Haz que merezcamos tener por intercesor en el Cielo al que logramos por maestro nuestro en la Tierra. Por Nuestro Señor, etc.

La Epístola es de la segunda del apóstol San Pablo a Timoteo , cap. 4.

Carísimo: Te conjuro delante de Dios y de Jesucristo, que ha de juzgar á los vivos y á los muertos, por su venida y por su Reino, que prediques la palabra; que instes á tiempo y fuera de tiempo; que reprendas, supliques, amenes con toda paciencia y enseñanza. Porque vendrá tiempo en que no sufrirán la sana doctrina; antes bien juntarán muchos maestros conformes á sus deseos que les halague el oído, y no querrán oír la verdad, y se convertirán á las fábulas. Pero tú vela, trabaja en todo, haz obras de evangelista, cumple con tu ministerio. Sé templado. Porque yo ya voy á ser sacrificado, y se acerca el tiempo de mi muerte. Por lo demás, tengo reservada la corona de justicia que me dará el Señor en aquel día el justo Juez; y no sólo á mí, sino también á todos los que aman su venida.

REFLEXIONES

Vendrá tiempo en que los hombres no darán oídos á la doctrina sana; antes, llevados de curiosidad, buscarán maestros sobre maestros, que los hablen á medida de su gusto; y, apartando la atención de la verdad, la convertirán toda á las fábulas. En materia de religión, los errores del entendimiento ordinariamente nacen del desorden del corazón. Siempre se pegan á la fe las enfermedades del alma; desde que se deja de vivir bien, se comienza á no creer con rendimiento; no hay pasión que no ciegue. Tráigase á la memoria el principio de todas las herejías, y se hallará que la ceguedad fue efecto de la corrupción de las costumbres. Las voces siempre son de reforma, porque no ha habido heresiarca que no haya gritado contra la relajación, y que no haya aparecido con su máscara de penitencia; pero siempre se han visto por fruto de la nueva secta los más vergonzosos desórdenes. A este precipicio conduce el disgusto á la doctrina sana, y este disgusto es el primer síntoma de un corazón corrompido. Excita el apetito cierta curiosidad orgullosa, y, como está depravado el gusto, sólo le encuentra en alimentos nocivos. ¿Hállense por ventura muchos de aquellos que están encaprichados y preocupados de algún error, que soliciten con sinceridad instruirse y desengañarse? Los enfermos de esta especie no pretenden curarse, sino confirmarse en la aprensión de que están buenos. Buscan maestros sobre maestros, dice el Apóstol, pero para que les hablen á medida de su gusto; señal visible de que el corazón es el primer móvil. Una vez que domina la pasión, no busca la verdad, sino pretextos para autorizar el error. Al que va descaminado, tanto le importa ir por la siniestra como por la derecha; ¿y cómo se le enderezará, si él mismo está contento con su descamino?

El Evangelio es del cap. 5 de San Mateo.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Vosotros sois la sal de la tierra; y si la sal se deshace, ¿con qué se salará? Para nada tiene ya virtud, sino para ser arrojada fuera, y pisada de los hombres. Vosotros sois la luz del mundo; no puede ocultarse una ciudad situada sobre un monte. Ni encienden una vela, y la ponen debajo del calemín, sino sobre el candelero, para que alumbre á todos los que están en casa. Resplandezca, pues, así vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen á vuestro Padre que está en los Cielos. No juzguéis que he venido á violar la ley, ó los profetas: no vine á violarla, sino á cumplirla. Porque os digo en verdad, que hasta que pase el Cielo y la Tierra, ni una jota ni una tilde faltarán de la ley, sin que se cumpla todo. Cualquiera, pues, que quebrante alguno de estos pequeños Mandamientos, y enseñare así á los hombres, será reputado el menor en el Reino de los Cielos; mas el que los cumriere y enseñare, será llamado grande en el Reino de los Cielos.

MEDITACIÓN

Del escándalo que se da con la perseverancia en las faltas.

PUNTO PRIMERO.—Considera lo que aquí se entiende por nombre de escándalo, que es una acción menos arreglada que se ve ejecutar á personas de las mismas obligaciones que debieran darnos ejemplo. ¡ Qué conducta más lastimosa! Vemos cometer una falta, y nos persuadimos de que podemos padecer otra semejante sin hacernos reprecensibles, por cuanto no somos nosotros los que damos el mal ejemplo, sino los que le seguimos. ¿De cuándo acá las faltas de los otros autorizan ó excusan las nuestras? Nunca prescribe el

quebrantamiento de la ley divina. Cuanto más distinguida es una persona por su nacimiento, por su empleo y por el concepto que se tiene de su virtud, más escandalosas son sus faltas. Pero ¡qué mayor flaqueza que dejarse arrastrar de las flaquezas de otro!

¡Es posible que unos raciocinios tan infelices y tan lastimosos pretendan ser regla de las costumbres! Si bajara un ángel del Cielo, decía San Pablo, y os anunciara otro Evangelio que el que yo os anuncio, sería anatematizado. Yo añado: si bajara un ángel del Cielo, y procediera según las máximas que condena el Evangelio, debierais guardaros bien de imitarle. No reconocemos otro Maestro, ni tampoco otro modelo, que á Jesucristo. Los malos ejemplos, bien pueden darnos alientos, pero nunca podrán justificarnos. Por eso el Señor nunca nos puso á los hombres por modelo, y sólo nos dijo: *Sed perfectos, como lo es vuestro Padre Celestial*; ni aun de los mismos que nos enseñan nos mandó que imitásemos los ejemplos, antes expresamente nos previno lo contrario: *Haced lo que os dijeren; pero no siempre hagáis conforme á sus obras*. A vista de esto, ¿quién pretenderá ya autorizar, ó á lo menos excusar sus faltas con las de los otros? ¡Dios mío, qué confusión y qué arrepentimiento nos causará esto algún día!

PUNTO SEGUNDO.—Considera que no hay cosa más fuera de razón ni más lastimosa que pretender excusar las faltas propias con el ejemplo de las ajenas. Pues qué, porque otro á quien asisten las mismas obligaciones que á mí falte á ellas, ¿tengo yo derecho para faltar á las mías, sin incurrir en pena alguna? Porque me dan mal ejemplo los que debieran dármele bueno, ¿ya me es lícito el imitarlos? ¿Discurrimos de esta manera cuando se trata de la vida, de la hacienda y de la honra? Pues ¿en qué consiste esta diferencia?

Lo malo siempre es malo; y aquello que está prohibido, cuando los demás no me dan mal ejemplo, igualmente lo está, aunque me den los más perniciosos. ¿Por ventura infunde algún mérito en la infracción de la ley la reputación ni la edad del que la quebrantó? ¿Y será legítima excusa en el Tribunal de Dios decir: Es así que no cumplí con tal obligación, que falté á la observancia de tal regla; pero fue porque Fulano y Citano, que eran tan religiosos como yo, me dieron mal ejemplo? Mueve á indignación sólo el oír semejante despropósito; y, en medio de eso, esto es un escollo en que se pierde la virtud de la mayor parte de los jóvenes.

¡Cuánto tengo, Señor, de qué acusarme, de qué confundirme en este punto! ¡ Cuántas veces pretendí cubrir mi fragilidad y mi ingratitud para con Vos con el ejemplo de otros! Efecto es de vuestra gracia el dolor que ahora siento de haberlo hecho así; dignaos, Dios mío, de acabar esta vuestra obra; resuelto estoy, mediante vuestra divina gracia, á no dejarme arrastrar más del mal ejemplo; dadme aliento y fortaleza para cumplirlo.

JACULATORIAS

Dadme, Señor, constancia para despreciar el mal ejemplo, y fortaleza para destruirle.—*Judit, 9.*

Libradme, Señor, de los lazos que me arman con los malos ejemplos que me dan.—*Ps. 140.*

PROPÓSITOS

1. Si un hombre tenido por capaz y por sujeto de buenas costumbres tomara veneno, ¿sería esto bastante para cohonestar la locura ó la desesperación de los que hiciesen lo mismo? Basta proferir esta proposición para conocer su ridiculez y su extravagancia. Pero ¿será menor

imprudencia pretender cubrir la relajación con el mal ejemplo? Acuérdate de que no tienes otra cosa para tu gobierno que los Mandamientos de la Ley de Dios, los de la Santa Madre Iglesia y el Evangelio, ni debes imitar otro ejemplo que el de Jesucristo y sus santos. Estima y honra á todo el mundo, pero no sigas el ejemplo de todos. Las personas más virtuosas tienen sus faltas, y mientras viven pueden pervertirse: imita sus virtudes, pero á ninguno has de tomar por universal modelo. Judas Iscariotes, Tertuliano y Orígenes fueron buenos por algún tiempo, y Salomón también fue sabio. Tú atente á las máximas del Evangelio y á los ejemplos de los santos, ni pienses jamás en autorizar tu relajación con la de otros.

2. Es muy loable excusar las faltas de nuestros hermanos; pero la acción viciosa siempre es reprehensible, y la caridad cristiana que nos obliga á excusar al pecador nos obliga también á desaprobar el pecado. Está siempre alerta contra los artificios del enemigo y contra las engañosas sollicitaciones del amor propio; es una tentación muda, pero muy peligrosa, la relajación de las personas que nos parecían observantes y ajustadas, siendo muy conveniente prevenir de esto con tiempo á la gente moza. Las almas tiernas, y, por decirlo así, nuevecitas, que entran en el mundo con las más bellas disposiciones para la virtud, dificultosamente se defienden del contagio á vista de los malos ejemplos; y los que se crían en religión presto dan al través si defieren demasiado á la relajación de aquellos cuyo mérito, edad y empleo los hacen hombres de distinción. ¿Qué dice la ley? Esta debe ser la regla inmutable de nuestras operaciones, los ejemplos de los santos, las máximas de Jesucristo, su sagrado Evangelio. Atente á lo que está escrito.